

# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA

## SECCIÓN OFICIAL

**Acta de la sesión literario-musical celebrada por la Academia Calasancia, en honor á Santo Tomás de Aquino, el día 8 de Marzo de 1896.**

A las cinco de la tarde, ante numerosa y escogida concurrencia que llenaba el salón de actos del Colegio, y bajo la presidencia del M. Rdo. P. Francisco Llonch, Provincial de las E. P; Rdo. P. Antonio Anglada; Rdo. Dr. Marcer, Catedrático del Seminario Conciliar; Rmo. P. Eduardo Llanas, Director de la Academia; Presidente, y Vicepresidente de la misma, dió principio la sesión según el siguiente programa:

1.º *Trio* para violín, violoncello y piano, por los Académicos don Jorge de Satrústegui, D. Fernando de Olalde y D. Francisco Mateu, *Mozart*.

2.º *La mano derecha y la izquierda*, poesía de Miguel A. Príncipe, leída por el Académico D. Juan Valls.

3.º *Un Cuento*, poesía por su autor D. Alejandro Tornero de Martirena.

4.º *Idille*, para violín y piano, por los Académicos D. Jorge de Satrústegui y D. Francisco Mateu, *E. Guillet*.

5.º *Al Rellotge*, poesía de D. Luis Damiáns y Talí, leída por el Honorario D. Juan Burgada y Juliá.

6.º *En el Monasterio de San Jerónimo*, poesía por la Srita. J. Farrés, leída por el Académico D. Joaquín M.ª Roca.

7.º *Il Libro Santo*, para canto, por el Académico D. Eusebio López, con acompañamiento de violín y piano, por D. Jorge de Satrústegui, y Sr. Cuyás, *Pinsuti*.

8.º *Santo Tomás de Aquino y su influencia*, discurso por el Presidente D. Alejandro Tornero de Martirena.

9.º *Solo para violoncello*, por D. José Oller, acompañado al piano por el Honorario D. José A. Sala, *Lee*.

10. *El Sermón de una Madre*, poesía de D. Alejandro Tornero de Martirena, recitada por el Académico D. Juan Gui.

11. *Delenda est Carthago*, poesía de D. Víctor Balaguer, leída por el Académico D. José M.ª Bellver.

12. *Rienzi*, para violín, violoncello, armonium y piano, por los

Académicos D. Juan Camín, D. Luis Masriera, D. Alvaro Camín y don Francisco Mateu, *Wagner*.

El discurso de fondo, á cargo del ilustrado Presidente de la Academia, dejó complacidísimo al distinguido auditorio, por lo castizo del lenguaje, profundidad de las ideas y concisión de la frase. Empezó por dedicar un grato recuerdo al que fué presidente de la Academia D. Rafael Marsá y Draper, enalteciendo la sabiduría y bellas dotes que adornaban al que tan grande vacío ha dejado en el seno de la misma, al que siempre se había distinguido por sus virtudes y ejemplos, pidiendo las oraciones de todos los concurrentes para el eterno descanso de su alma.

Entrando en el asunto, expuso brillantemente la influencia de las doctrinas del Angélico Doctor en todos los ramos de la ciencia y del arte, cuyo discurso pueden ver nuestros lectores en otra parte de este número.

En la parte literaria sobresalieron por lo festivas las poesías del señor Tornero, que entretuvieron agradablemente al auditorio, el cual premió á su autor con prolongadas salvas de aplausos que le obligaron á recitar otra para acallar su entusiasmo.

El Sr. Gui, al recitar la poesía *El Sermón de una Madre*, estuvo acertado, proporcionando á los asistentes al acto un rato de agradable expansión, á causa del gracejo con que fué recitada, viéndose obligado á recitar otra composición, que como la anterior fué estrepitosamente aplaudida.

El Sr. Burgada leyó la poesía *Al Relotge* con entonación y gusto, recibiendo muestras inequívocas de lo bien que fué acogida dicha lectura, por los aplausos que la coronaron.

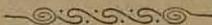
También fueron aplaudidos los Sres. D. José M. Bellver, en *Delenda est Carthago*, D. Joaquín M. Roca en *El Monasterio de S. Jerónimo*, y el Sr. Valls en *La mano derecha y la izquierda*.

La parte musical fué muy bien interpretada, como siempre, por los Sres. D. Jorge de Satrústegui, D. Fernando de Olalde, D. Francisco Mateu, D. José A. Sala, D. Juan y D. Alvaro Camín y D. Luis Masriera. El Sr. D. Eusebio de López cantó *El libro Santo* con exquisita finura, poniendo de manifiesto su excelente voz de barítono por la claridad y fuerza de expresión con que se dejaban oír sus agradables notas. También llamó la atención el solo de violoncello de D. José Oller. Todos, sin distinción, fueron aplaudidos frenéticamente.

La concurrencia abandonó el salón complacida y sintiendo hubiera concluido tan pronto una velada tan amena y tan variada.

Barcelona 14 de Marzo de 1896.

El Secretario accidental,  
RAMÓN BOTER.



Se suplica á los Señores Académicos la asistencia á la sesión privada que debe tener lugar el próximo domingo, día 22 de los corrientes, á la hora y en el local de costumbre, y en la cual el Académico Sr. Solá continuará disertando sobre el tema «El Interés y la Usura.»

Barcelona 18 de Marzo de 1896.

El Presidente,  
A. TORNERO DE MARTIRENA.

El Secretario,  
ALFREDO ELÍAS.



## Santo Tomás de Aquino y su influencia

*Discurso del Presidente D. Alejandro Tornero de Martirena, leído en la sesión pública del día 8 de Marzo.*

REVERENDÍSIMOS PADRES:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Las primeras palabras que salgan de mis labios en esta tarde, han de ser necesariamente un cariñoso recuerdo á un Académico querido, á uno que fué Presidente de esta católica Sociedad y en cuyo desarrollo y florecimiento puso todas las energías de su voluntad y todos los esfuerzos de su inteligencia.

Su nombre, que ya ha pasado á la posteridad envuelto entre los perfumes de la honradez más acrisolada y de la más exquisita caballerosidad, seguramente que se escapa ya de vuestros labios, y que despierta de nuevo el dolor profundo que os causó su brusca desaparición, precisamente al ir á coger el fruto de sus esperanzas, y cuando sus ilusiones empezaban á sonreírle.

Me refiero al Dr. D. Rafael Marsá y Draper, aquel joven modestísimo, eminentemente cristiano, querido y admirado de todos, y que en este mismo sitio tantas muestras nos había dado de su talento, de su laboriosidad, de la gran profundidad de pensamiento, de su estudio incansable y de sus ejemplarísimas virtudes.

Grande fué la manifestación de duelo por su inesperada muerte, y con ser tan grande, fué pequeña en comparación de sus merecimientos. La causa católica de que era ferviente adalid, ha perdido muchísimo, pero nosotros, como os decía hace pocos días, hemos perdido no sólo al amigo excelente, sino también á uno de los académicos de más talento y de más entusiasmo, y los que concurrís á estas sesiones públicas á un apologista de nuestras grandezas cristianas y á un sabio que con tacto y celo trabajaba por la gloria de Dios y de su Iglesia. ¡Qué menos he de pedir os que una oración para su alma!

Y cumplido este postrimer tributo al amigo y compañero llorado, voy á entrar de lleno en materia, diciéndoos algo de Santo Tomás de Aquino, de nuestro querido Patrono, si bien no tanto como se merece y como se le ocurriera á mi admiración y á mi cariño.

\*  
\* \* \*

La Edad Media, en que el cristianismo fué tan poderoso, y la Iglesia pudo desarrollar bastante el germen depositado en su espíritu, es la época más censurada por los enemigos del catolicismo. Los unos, que no han visto más que la simplicidad exte-

rrior del árbol, sin reparar en la savia vigorosa que circulaba bajo la corteza, han acusado á aquellos tiempos de grosería, de barbarie y de ignorancia; otros, aunque instruidos, no han querido ver en la Edad Media más que monasterios corrompidos, hogueras inquisitoriales, y sobre todo, el servilismo de la razón humana á la dictadura de la fe y la humillación de la filosofía al inexorable silogismo de las Escuelas. Nada de artes, nada de poesía, nada de ciencia, nada de buenas teorías políticas y sociales en aquellos tiempos que quieren suponerse de pueriles supersticiones; y lo que es más de notar, estos juicios tan equivocados han prevalecido por mucho tiempo en el mundo filosófico y literario, gracias á la tradición no interrumpida de las preocupaciones.

En el siglo XIII, que es el punto culminante, digámoslo así, de la Edad Media, brilla como el sol entre los otros astros, la gran figura de Santo Tomás de Aquino, portentoso ingenio que reunía en sí todos los conocimientos de su época y los de los tiempos anteriores. ¿Qué influencia, pues, ejerció en su siglo el ángel de las escuelas? Esto es lo que vamos á ver en esta tarde.

Cuando en otro tiempo se hablaba de los Santos, no se hacía más que dar á conocer sus virtudes y revelar esos indecibles misterios de amor que se realizan entre Dios y la criatura llamada á las alturas sublimes de la santidad. Hoy hay que seguir otro camino. Viviendo en un siglo que comprende poco y aprecia mal los misterios del alma, y que no cree necesario sino aquello que se siente y se toca, nos volvería la espalda si le hablásemos únicamente de humildad, de abnegación, de luchas interiores, de éxtasis y revelaciones. A un siglo de indiferencia religiosa y de preocupaciones materiales, á un siglo positivo que quiere hechos, ciencia y resultados útiles, debemos presentarle los Santos en sus relaciones con su propio siglo, con los sucesos y personajes de su época, y descubriendo las mutuas influencias entre el héroe y su tiempo. No nos olvidemos de que hablamos á un siglo racionalista, y que la grande obra de nuestros días es traer discípulos á la fe por la ciencia y por la razón.

Es una vulgaridad creer que los Santos, por haberlo sido, han estado aislados de su siglo. No; en su siglo vive y se desarrolla el hombre; el siglo influye en él, y él influye en su siglo, siendo dos cosas que se combaten ó ayudan, pero que se explican recíprocamente. La historia es la manifestación de las ideas por los hechos; porque así como el hombre individual obedece en el ejercicio exterior de su actividad á las fuerzas ocultas que sus pasiones, sus necesidades ó sus creencias suscitan en el alma, así la humanidad, en su desarrollo exterior que produce los hechos de la historia, obedece á la energía de las creencias y de las ideas que viven en su seno. Los hechos históricos no son letras muertas; bajo el hecho, está la idea, y la historia, si ha

de ser verdadera, debe rasgar el velo de los sucesos para encontrar la vida de la humanidad y las ideas que constituyen esta vida. Única manera de escribir la historia con resultado y que inauguró San Agustín en su *Ciudad de Dios* y le siguió Bossuet en la *Historia Universal*.

El movimiento y la vida de una época según sus diversas manifestaciones, se revelan por la política, el arte, la ciencia y la religión. En cuanto á la política, se observa en el siglo XII, bajo la dominación del principio divino representado por la Iglesia y el Pontificado, la decadencia del Sacro Imperio, á quien fué tan fatal su lucha contra el Sacerdocio; se vé la prosperidad de la Francia, que comprendía las tendencias de la época y se identificaba con el espíritu de la humanidad; se advierte que por la acción de este mismo espíritu, la España va reconquistando su territorio contra la fuerza musulmana, y se constituye en nación y unidad política; se observa, por fin, que las repúblicas italianas, devoradas antes por el odio y la guerra, llegan á un grado de esplendor que obscurece los grandes hechos de la Grecia antigua, y sobre estos sucesos y estos pueblos aparece ese mismo poder divino que salva las naciones, encarnado en el Pontífice romano, Jefe Supremo de la Iglesia.

El arte es la segunda manifestación de la vida social, y el arte en el siglo XIII se revela por la arquitectura y la poesía, y es la imitación de las operaciones divinas. La idea del arte lleva consigo la de la creación; pues crear no es más que manifestar exteriormente una idea y revestirla de una forma sensible. Dios, á quien Platón en su lenguaje tan poéticamente profundo llama el eterno geómetra, es también el supremo artista, puesto que su obra, el Universo, es la realización exterior y sensible de los tipos que subsisten en su unidad. De este modo, y con la debida proporción, el artista se pinta á sí mismo en su obra, imprimiendo en ella su carácter y su genio. Cediendo á la fuerza de la inspiración, crea su obra, y su obra es él, porque después de abandonar la escena visible del mundo, vive aún y palpita en sus monumentos, que son la imagen de sí mismo legada á la posteridad.

¿Y qué es el hombre cuando se eleva á semejante altura? Es nada menos que la expresión social de la época en que ha vivido; y como no hay ningún individuo que pueda abstraerse á la influencia de todo aquello que constituye la sociedad humana en una época determinada, de la influencia de las doctrinas recibidas, de las creencias, de la civilización, de las costumbres, de la filosofía y de la religión, resulta que no es un hombre sólo, sino una época toda entera la que se encarna en el monumento artístico de un gran genio. Suponed ahora que hay un hombre que, habiendo conseguido ser por el derecho de su en-

tendimiento el maestro del género humano, ha formulado en un siglo la enseñanza filosófica y religiosa: claro está, que habéis de comprender más claramente la influencia de este ingenio sobre las creaciones del arte. Sus teorías científicas y sus abstractas especulaciones tomarán un cuerpo, revestirán una forma sensible, y se elevarán en las bóvedas de un templo y resonarán en los acentos de la poesía.

Si ahora se pregunta: ¿qué influencia ha podido ejercer Santo Tomás de Aquino en el movimiento político y artístico de su siglo? ¿qué hay de común entre el alumno de la ilustre Orden de Santo Domingo y los políticos del mando? ¿qué conexión existe entre el humilde religioso y los artistas cuyo genio es una fuente inagotable de inspiración? Ya lo veremos.

No hacemos de Santo Tomás de Aquino el centro y núcleo de las evoluciones de su siglo, la mano oculta y poderosa que tiene cogidos todos los hilos de un vasto sistema, el profeta ó la sibila á quien van á consultar los políticos y los artistas de su tiempo antes de urdir una intriga ó de colocar las piedras de un templo; pero Santo Tomás representa todo lo que hubo de más puro y fuerte en su siglo: personifica el poder que, á pesar de todo, subyuga los otros poderes, el poder de las ideas. En este orden ejerció Santo Tomás de Aquino su imperio; y la influencia de las ideas nos hace comprender que el Doctor ilustre de la escuela de París pudo, desde la alta región que habitaba, por el curso natural de las cosas y según las leyes establecidas, hacer descender su influencia sobre todas las venas del cuerpo social y en todas las manifestaciones de su vida.

Cómo pudo influir Santo Tomás sobre la política del siglo XIII, se conocerá fácilmente recordando que en aquella época el Papado era el que alumbraba á la sociedad en el caos que producían las guerras y otras circunstancias propias del tiempo.

Para apreciar la influencia de Santo Tomás de Aquino sobre el movimiento científico del siglo XIII, conviene notar las dos luces de que se reviste la verdad y los modos por que se transmite: *la razón y la fe*. La ciencia completa se forma de la unión simpática de estos desiguales resplandores, y de ahí resulta la armonía de la filosofía y la teología. Ahora bien; ¿en quién mejor que en Santo Tomás de Aquino se dejó ver la personificación de esta armonía tan necesaria?

Entre los ilustres representantes de la ciencia en el siglo XIII ocupan el primer lugar San Alberto el Grande, Rogerio Bacon, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. Ninguno de los tres primeros, ni los tres pudieron acabar el edificio de la ciencia; porque San Alberto no hizo más que reunir los materiales, Bacon consagró sus esfuerzos al estudio de los fenómenos físicos, olvidándose del mundo intelectual, y San Buenaventura, á quien fueron bien conocidos los arcanos de la ciencia, no quiso

resolverlos sino á la luz de la intuición y del amor. El alma impaciente del serafín, que se creía como oprimida entre los fenómenos vulgares de la creación, se remontaba hasta Dios por el éxtasis, olvidándose en sus escritos como en su corazón, del mundo sublunar. Estaba reservada á Santo Tomás la gloria de la conclusión de su obra, y el gran monumento llegó á su perfección.

Unida con una fe sincera y fuerte una ilustrada razón, y una perseverancia incansable con la intuición más profunda, el mundo iba á ver, según la expresión de un ilustre escritor, la vasta síntesis de todas las ciencias y el más grande monumento del siglo: la *Suma de toda la Teología*, donde se encuentra reunido todo lo que puede saberse de Dios, del hombre y de su mutua relación. Durante la primera parte de su vida reunió Santo Tomás los materiales para su obra: la naturaleza y la sociedad le abrieron sus tesoros; las ciencias humanas y divinas le fueron familiares; el mundo de la naturaleza y de la gracia estuvo patente á su mirada, y el Doctor Angélico abraza de un golpe de vista el doble aspecto de la creación.

La primera mirada y los primeros estudios de Santo Tomás de Aquino se fijan sobre el ser infinito, proclamando desde luego la unidad de su esencia y la trinidad de las personas, y después su eternidad, su espiritualidad y su poder. La creación aparece bajo la pluma del Angel de las Escuelas, al movimiento del poder infinito de Dios. El Santo Doctor empieza á mostrar al hombre desterrado, la existencia, la naturaleza y las funciones de los espíritus puros, primer anillo de la cadena de los seres que habitan en la patria futura. El alma humana viene luego á ser objeto de sus meditaciones y se revela á sí misma en la individualidad de su esencia y en el ejercicio de sus facultades. La teología dogmática guarda la llave del misterio humano; porque ella sólo puede explicar la alianza de tanta grandeza con tanta debilidad; la alianza no menos incomprensible de la influencia divina y de la libertad humana. Ella sola ha podido basar sobre sus eternos principios una legislación que abraza en sus previsiones al hombre, á la familia, á la ciudad; en una palabra, al mundo; trazar con mano infalible la regla completa del deber; abrir los caminos de la perfección y dar á las leyes una sanción suficiente, mostrando desde luego en el remordimiento ó en la satisfacción interior un presagio y casi el principio de los destinos eternos del alma.

La parte material del hombre y del universo no podía pasar desapercibida en el sistema completo de los conocimientos teológicos; y Santo Tomás descubre en el cuerpo el modo con que concurre al orden universal y su tendencia hacia la perfección: mostrando en el cuerpo humano la obediencia que se debe al espíritu, y en los dolores que sufre tan frecuentemente en la

tierra, la prenda, digámoslo así, de su resurrección y de su inmortalidad.

Después de esta hermosa exposición de los seres, la teología de Santo Tomás presenta una nueva fase y ofrece un aspecto más animado, dedicándose á exponer la historia del género humano en sus relaciones con la divinidad, para lo cual cuenta con sublime sencillez el misterio de su origen, une á la marcha de los tiempos los hechos dogmáticos y religiosos, agrupándolos admirablemente en derredor de los dos polos del mundo cristiano, á saber: la caída del hombre y la encarnación del Verbo. La vida, la muerte y las instituciones del Redentor son la prueba palpable de la misericordia infinita y el principio de renovación para los desgraciados hijos de un padre culpable. Cuando llega Santo Tomás á desenvolver esta verdad importante, la teología se transforma y la historia se convierte en profecía. Anuncia de antemano los destinos de la sociedad cristiana; presenta con rasgos de fuego el último día del mundo y de la raza humana, siguiendo con su mirada el triunfo de aquellos que por Cristo vencieron al mundo y en Cristo serán eternamente felices.

Todo esto constituye la *Suma de Santo Tomás*, monumento eterno de la ciencia y de la fe cristiana, que toma de la verdad metafísica la inflexible regularidad de su plan, del espectáculo del Universo la grandeza y variedad de sus aspectos y de la Religión la majestad de Dios, su vida y su fecundidad.

La *Suma* fué acogida con un grito de admiración que no han dejado de repetir los siglos posteriores, ya que fija la regla que ha de durar hasta la consumación de los siglos, durante los cuales subsistirá la lucha eterna del bien y del mal, cambiando de nombre y forma incesantemente.

Esta obra magna que es de todos tiempos, ha sido el arsenal de los teólogos y hombres estudiosos para buscar medios de pulverizar los vicios y los errores. Esta es la obra que tanto encarece nuestro amantísimo Padre el sabio León XIII como único medio de restablecer y propagar la verdad. Este es el camino trazado á los católicos por el Jefe de todos, y en él hemos de seguir los que de tal nos preciamos, y al estudio de la ciencia de Santo Tomás de Aquino se han de dedicar los que le festejan como patrono, y especialmente los que tenemos la satisfacción de haber recibido públicas distinciones del Sabio atleta que hoy rige los destinos del mundo católico.

HE DICHO.



## DESCRIPCIÓN DE LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

(Conclusión.)

Sin movernos del sitio en que ahora estamos, centro de la cruz formada por la Iglesia, se ven las cuatro pilastras que sirven de punto de arranque á los brazos de aquélla. Estos prodigiosos pilares, obra de Bramante y de Miguel Angel, tienen cada uno 240 pies de circunferencia; la superficie que ocupan es tan grande como el espacio sobre que está edificada la Iglesia de San Carlos *alle quattro fontane*, una de las parroquias de Roma, y no de las menores.

La solidez de tan colosales cimientos no es solamente un prodigio del arte; era una necesidad del sublime pensamiento de Miguel Angel; pues para elevar en el aire el panteón de Agripa, el templo de todos los dioses del paganismo, menores cimientos habrían pecado en imprudencia.

La elevación de estas pilastras desde el pavimento de la Iglesia hasta la cornisa es de 178 pies, y á esta altura empezó Miguel Angel á edificar su cúpula, cuya base ó circunferencia tiene 130 pies, y cuya elevación llega á otros 160. A esta última comienza la linterna ó claraboya que tiene 60 pies de altura; por manera que la cúpula apeada de las pilastras que la sostienen y puesta en el suelo tendría 230 pies de alto. Al contemplar desde el Baldiquino la mole que corona el templo, y que elevada sobre nuestra cabeza aparece como un segundo firmamento, un sentimiento de éxtasis y de admiración se apodera instantáneamente del observador. A la vez asalta la idea de lo diminuto y frágil de nuestro ser, hormiga perdida bajo el encumbrado techo que cobija espacio tan inmenso, al mismo tiempo que se enaltece el alma, considerando que aquella maravilla consagrada á Dios es obra del genio humano, emanación celeste, cuyo origen es imposible dejar de sentir bajo la influencia del prodigio que suspende y embarga nuestros sentidos.

Poco más arriba de la base de la cúpula empieza un balcón circular con su baranda, desde el cual, los que suben y miran desde aquel punto hacia abajo, verán moverse como muñecos á las personas que andan por el pavimento, la faz interior del concavo ó redondez de la cúpula es de mosaico, y representa figuras colosales de la Virgen y de los Apóstoles, que vistos desde abajo aparecen de tamaño natural.

Treinta y dos pilastras decoran la parte recta ó inferior de la cúpula, y diez y seis ventanas practicadas en los intermedios dejando penetrar el sol, iluminan aquel coloso, en cuya base se ven en caracteres de mosaico de cinco pies de altura, las célebres palabras del Evangelio:

*Tu es Petrus, et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam; et tibi dabo claves regni cœlorum.*

El brazo del Norte ó cabecera de la cruz que se prolonga desde el Baldoquino al testero, ofrece á la vista un monumento de prodigioso aspecto, pero cuyo estilo no corresponde á su magnificencia.

Sobre unas gradas de pórfido, los cuatro doctores de la Iglesia, San Ambrosio y San Agustín, San Atanasio y San Juan Crisóstomo, sostienen un sillón hecho de metal calado, el cual sirve de funda á la silla de madera en que se sentó San Pedro. Dos ángeles colocados á los lados de éstas, tienen la tiara y las llaves pontificales. Los cuatro santos tienen 15 pies de altura, y la figura del Espíritu Santo rodeada de una gloria de rayos de la luz divina y de un inmenso grupo de ángeles, corona el monumento. Toda esta masa es de bronce, en muchas partes dorada á fuego. El metal invertido en ella pesa 220,000 libras.

Sólo es de lamentar, que así el bronce empleado en esta obra, como el invertido en el Baldoquino, y cuyo peso es aún mayor, hayan salido del *Panteón de Agrippa*, de cuyos tejados y techos fué arrancado, habiendo quedado aún un residuo que se empleó en cañones para el castillo de San Angelo.

A la derecha de la catedral de San Pedro se ve el mausoleo de Pablo V (de la familia Farnesio) y á la izquierda el de Urbano VIII (de la familia Barberini). Ambos son de bronce y adornados con hermosas estatuas de mármol. Una de éstas representa la justicia en forma de mujer y ostentaba contornos de tanta hermosura, que habiendo dado lugar á un acto obscuro, atribuido por unos á un español y por otros á un inglés, se la ha cubierto con un ropaje de metal.

Si tomando por punto de partida la tribuna ó testero de la iglesia, fuésemos á dar la vuelta á las dos naves laterales, describiendo las particularidades y adornos que decoran las diez capillas, ó por mejor decir, magníficos templos, que en ellas se contienen, los mausoleos de Papas y de Príncipes, que á derecha é izquierda se observan; si intentáramos señalar los monumentos que hemos dejado de mencionar en la nave del centro; por incompleta que nuestra relación fuese, se extendería hasta un extremo que hemos de evitar para no separarnos del breve plan que nos hemos trazado. Dará una idea de lo que por necesidad omitimos, así como de las riquezas que contiene San Pedro, saber que las pinturas que adornan los 29 altares que hay en la iglesia, son todas ellas copias en mosaico de los cuadros sagrados más célebres de los grandes maestros del siglo de Rafael, y que la perfección con que están ejecutadas es tanta que compiten con el pincel de los originales; y de su mérito podrán formar idea los que habiendo visitado nuestra hermosa y desolada catedral de Toledo, recuerden el cuadro que representa la

Virgen en mosaico, colocada en la capilla muzárabe. Se evalúa en medio millón de reales el valor de cada una de estas 29 pinturas.

Entre los mausoleos de Papas, que son infinitos, y para los cuales pronto faltará lugar oportuno, no obstante que ninguno de los fallecidos antes del siglo XVI están enterrados en San Pedro, y á pesar de que varios Papas han elegido otras iglesias para lugar de su sepultura, los más dignos de mención son el de Clemente XIII, obra de Canova; el de Alejandro VII y el de Pío VII. El primero representa al Pontífice de rodillas orando vuelta la cara hacia la confesión de San Pedro. A sus pies se ven dos estatuas colosales, la religión en pie, apoyada en una cruz que sustenta como si fuera un báculo, y en frente de esta figura está sentado el genio de la muerte, no representado éste bajo la forma de un espantoso esqueleto descarnado, sino de un ángel armado con la guadaña. Su fisonomía expresa el dolor y hasta irresolución en el acto de segar la preciosa vida del Pontífice. Debajo de este bello grupo hay una puerta natural, que, conduciendo á una oficina del templo, figura ser la del sepulcro, y á los lados, como guardando la entrada, dos magníficos leones, tendidos, uno en la actitud de la cólera, y el otro en la del abatimiento. Los inteligentes opinan que la antigüedad no ha producido figuras de animales superiores á estos dos leones. La fisonomía del Papa expresa la compunción devota, y los maliciosos quieren leer en ella la expresión de los escrúpulos que dicen atormentaron á este Papa, por haber debido su promoción al cardenalato, al oro que por obtenérselo derramó su padre, rico banquero de Venecia.

El mausoleo de Alejandro VII, obra de Bernini, aunque de efecto, no es de buen gusto. Las cuatro figuras que le adornan, las de la justicia, la prudencia, la verdad y la caridad, de colosal tamaño, nada dicen, y en su conjunto este monumento es más propio para maravillar al vulgo que para agradar á los amigos de las artes.

El de Pío VII, obra de mejor escultor de los que han sucedido á Canova, el dinamarqués Thorwaldsen, representa al Papa sentado en el acto de dar la bendición. Dos figuras, la de la sabiduría y la fuerza de carácter, sostienen la cátedra pontificia. La primera está leyendo atentamente en un libro, y su fisonomía expresa la tranquilidad y la confianza. La fuerza, mujer varonil revestida con una piel de León, cruza los brazos y espera con calma y resignación; más arriba se ven grupos de ángeles. Las dos figuras me parecieron asombrosas; la del Papa igualmente buena, pero desgraciada la idea de ponerle sentado en un sillón, cuya forma, que recuerda la de un mueble doméstico, es de malísimo efecto en este lugar.

El mausoleo de Pío VII, que murió pobre, cual correspondía

á las virtudes de Pontífice tan ejemplar, ha sido costeado por su fiel amigo y servidor el Cardenal Hércules Gonzalvi, que al efecto legó el producto de las cajas guarnecidas de diamantes, que como embajador y ministro de la Santa Sede, le habían tocado en los regalos diplomáticos, con ocasión de los diferentes tratados y concordatos celebrados durante su ministerio.

Hay en San Pedro un sepulcro de mármol sencillo, simplemente adornado con una tiara sobre la cubierta, donde se deposita el cadáver del último Papa muerto, el cual permanece en este depósito durante la vida de su sucesor; á la muerte de éste se entrega aquél á su familia, si ésta lo reclama, ó de lo contrario el Papa reinante, ó alguno de los Cardenales creados por el difunto, se encarga á sus expensas de construirle un mausoleo.

Además de los Papas sepultados en San Pedro, existen en esta Basilica varios monumentos fúnebres de Príncipes y Reinas. El de la célebre condesa Matilde, la virtuosa amiga de Gregorio VII (tan calumniada por Voltaire y sus discípulos), es el que con mejores títulos se ostenta en aquel edificio, costeado por un poder que el entusiasmo y desinterés de aquella mujer extraordinaria contribuyó tanto á fundar.

Jorge IV, rey de Inglaterra, elevó á sus expensas un mausoleo á los últimos Estuardos fallecidos en Roma, y Canova supo adaptar con sensibilidad y poesía la clase de monumento que correspondía á aquellos menguados cuanto infelices príncipes. Sobre el friso de su graciosa planta se ven en bajos relieves los tres bustos de Jacobo III, de su hijo el pretendiente y del cardenal de York, últimos vástagos de aquella destronada rama. La fisonomía de estos príncipes revela la flojedad é insignificancia que constituía su carácter; y debajo de los tres bustos, á los costados de una lindísima puerta figurada en el mármol y que parece estar diciendo ser la del reino de la muerte, dos ángeles con la cabeza inclinada, como que lloran el fatal destino de los que confiados á su guardia reposan en aquel sitio.

Jamás hemos visto la imagen de la melancolía y del dolor tan caracterizada como en la figura de aquellos divinos ángeles, cuyas formas y contornos son la expresión de la hermosura celestial.

Pero despidámonos de un lugar cuyas bellezas mi inhábil pluma es indigna de reproducir, al paso que los objetos me cautivan en términos que no pondría nunca fin á esta pobre y desaliñada relación. Descendamos, empero, antes de salir, á la bóveda subterránea que está debajo del *Baldoquino* á espaldas de la confesión de San Pedro; y nos pasearemos algunos instantes por el pavimento de la antigua Basilica, donde se enterraron los mártires cristianos, donde la Iglesia celebró por espacio de once siglos los misterios de un culto, que ha dado alma y vida á la sociedad moderna.

Allí se conservan altares y capillas en que celebraron los primeros pontífices; allí se ven los interesantes ornamentos y muebles en uso entre los cristianos de aquellos siglos remotos. Los toscos bajos relieves y estatuas, producto del arte atrasado y decaído á la desaparición del mundo pagano, figuran al lado de los vasos y de las esculturas, obras de inimitables artistas griegos; las urnas de pórfido y los ricos cenotafios que contuvieron las cenizas de emperadores y de cónsules, luego aplicados á usos sagrados, se ven en las galerías de aquel museo subterráneo, donde también hallamos la célebre estatua de San Pedro, que primitivamente fué un Júpiter, y por la que se ha vaciado la compañera de bronce, colocada en la nueva Basílica, donde es objeto de tanta veneración, que sus pies de metal empezaron á estar gastados á fuerza de besos aplicados por los fieles.

En la bóveda principal del subterráneo, llamada *grota Vaticane*, se hallan sepultados los Papas fallecidos en Roma antes de la erección de la nueva iglesia y los de algunos príncipes y magnates, entre los cuales recordamos el sepulcro de Otón II, emperador de Alemania, y el de un gran maestro de Malta. Un sencillo sarcófago de mármol en cuya cubierta medio levantada se vé esculpida la figura de un Pontífice, llamó mi atención por su estado de abandono, y por ser en él visibles las señales de haberse extraído el cuerpo que contenía. Preguntando al sacristán que nos alumbraba por el nombre del Papa á que pertenecía aquel sepulcro, y qué se había hecho de sus restos, me contestó que era el de Alejandro VI, cuyo cuerpo, reclamado por su nación, le había sido entregado, hallándose en la actualidad en Monseriate, *hospicio* que tienen los españoles en Roma. A pesar de la prevención universal que existe contra la memoria de Alejandro VI, confieso que la circunstancia de español que hablaba para mí en favor de este Pontífice, y el tener delante abandonada y como saqueada la humilde tumba que contuvo al príncipe extraordinario, que tan importantes relaciones económicas y diplomáticas siguió con otro gran Rey Don Fernando el Católico, involuntariamente movió en mí cierto interés, hijo de la consideración de si ¿no era debida alguna generosidad é indulgencia á las faltas y excesos de este hombre singular, que vivió en una época en que nada de lo que le rodeaba era mejor que él; y si lo mucho bueno que como Príncipe y como Pontífice hizo, ya que no atenúe sus delitos como hombre privado, no merece ser tomado en cuenta para la verdadera apreciación de su carácter histórico? ¿Nada deberá además á la infamada memoria de valenciano, este siglo de blanda justicia, y de crítica sin cólera que ha hallado explicación á los hechos más atroces, que excusa á Robespierre, y sabe ser equitativo hacia todos los hombres, y todas las épocas que han ejercido una influencia en el desarrollo de la sociedad? Distráido en estas reflexiones salí de las grutas

vaticanas, curioso de dar con el paradero de los restos mortales del execrado Borja, y curioso de averiguar lo que pudiera contribuir á hacer mejor conocer y rectificar los hechos de la vida del Papa español.

Antes de apartarnos de San Pedro, obra portentosa que continuada durante siglos bajo Pontífices de distintas ideas, y por arquitectos de diverso mérito y escuelas, presenta, sin embargo, un conjunto de armonía que parece ser todo obra de un mismo hombre y de una sola época, testimonio imperecedero de la superioridad del principio de unidad representado por la Iglesia: subamos á lo alto y veamos por última vez desde la azotea la cúpula de Miguel Angel.

En frente del sepulcro de los Estuardos se halla la puerta que por una subida de caracol sin escaleras, como la de la Giralda de Sevilla, conduce al terrado ó plataforma superior. Al remate de la subida se ven incrustadas en la pared losas conmemorativas de los Soberanos y Príncipes que han visitado aquella parte de la Basilica y llegado al extremo de la pendiente, y mirando hacia abajo por el hueco en espiral que forma el caracol, crece el asombro á vista de la elevación de la iglesia, que desde allí aparece mucho mayor que cuando se la contempla desde el pavimento. Tendiendo ahora los ojos sobre el espacio que delante tenemos, nadie imaginará estar sobre el techo de un edificio, sino en algún campo dilatado en el que se levantan grandiosas fábricas, pues además de la asombrosa cúpula, que ahora parece lo que es en realidad, un coloso asentado en las nubes, otras diez cúpulas, aunque menores que aquélla, de sorprendente magnitud, aparecen de repente, asemejándose la distancia que entre ellas se observa, á otras tantas anchurosas plazas que las separaran. Aquellas bóvedas, seis redondas y cuatro octangulares, pertenecen á las capillas de las naves de los costados. Se sube á la cúpula principal por una escalera practicada en el muro, la cual conduce á la bola sobre la que está fijada la cruz de 13 pies de elevación que corona á San Pedro. En esta bola, que desde el obelisco parece muy diminuta, caben 16 personas.

Desde el remate de la cruz hasta el pavimento de la iglesia se cuentan 485 pies, y esta es la mayor elevación de San Pedro y de todos los edificios del orbe.

La admiración debida al genio del inmortal arquitecto de esta fábrica, crece en proporción de la dificultad de haber alcanzado dimensiones tan extraordinarias en un edificio tan vasto y complicado.

Cuando Pablo III expidió su bula encargando á Miguel Angel la dirección de la obra de San Pedro, este grande hombre, cuyos trabajos eran solicitados con grande ahinco por su patria Florencia, por la república de Venecia, por el Sultán de Constantinopla, que le enviaba embajadores, invitándole á pasar á sus

estados; por todos los magnates de Italia ansiosos de poseer al grande artista, puso dos condiciones para aceptar el encargo del Papa; la primera, que Su Santidad le concediese una indulgencia plenaria para todos sus pecados; la segunda, que habia de trabajar sin sueldo; y en efecto, sin d-vengar un maravedí por su trabajo y asidua dirección, dedicó Miguel Angel los últimos diez años de su vida á la prosecución de la obra. ¡Sólo los siglos en que reinan creencias producen genios del temple de Miguel Angel!

Después del cansancio de admiración con que se sale de San Pedro, si bien resta mucho que ver y observar en las trescientas iglesias de que se envanece Roma, sería tan prolijo el referir, como cansado el leer, pormenores que se apartarian de la brevedad que nos hemos trazado.

A. B.

---

## SANGRE DEL BRAZO

---

El lunes de Pascua de Resurrección, con un sol esplendente y un aire tibio y perfumado, que provocaba impacencias y escarceos primaverales en los retoños frescos de los árboles y en los senderos que deseaban florecer y donde á las últimas violetas descoloridas hacian competencia las primeras campanulas blancas, y las margaritas de rosado cerco, unieron sus destinos en la capilla del restaurado castillo señorial la linda heredera de la noble casa y estados de Abencerraje, con el apuesto y galán marquesito de Alcalá de los Hidalgos.

Todo sonreía en aquella boda, lo mismo la naturaleza que el porvenir de los desposados. Al cuadro de su juventud, del amor del novio, en que revelaban mil finezas y extremos, y á la cándida belleza de la novia, servían de marco de oro y rosas la cuantiosa hacienda, la ilustre cuna, el respeto y cariño de la buena gente campesina, y hasta la venturosa circunstancia de verse enlazadas por ella, ante el cielo y ante el mundo, las dos casas más ricas y nobles de la provincia, las que la representaban en la historia nacional.

A la puerta de la capilla aguardaba el coche familiar que habia de conducir á los esposos á la estación del camino de hierro. Iban á emprender uno de esos viajes que son la realidad de un sueño divino: Italia y sus ciudades-museos, Suiza y sus lagos, que son trozos de la bóveda azul del firmamento caídos sobre la nieve; Alemania con sus ríos, en que las ondinas nadan al rayo de la luna; después el Oriente, Grecia, Constantinopla, y por último, el invierno en París, entre los prestigios del lujo y la magia de la refinadísima civilización, París con sus fiestas

y sus elegancias exquisitas, sus nidos de coquetería y de molición para la dicha renovada... La perspectiva de tantos días risueños y venturosos, más que todo lo del amor puro, noble, legítimo, constante regocijo y secreta y dulce efusión del alma, hacia latir de gozo el corazón de la novia, de la rubia y soñadora María de las Azucenas, cuando el coche arrancó al trote largo de los cuatro fogosos caballos que lo arrastraban, llevándosela á ella, al que ya era su dueño y á la doncella, Luisilla, aldeana viva y fiel, elegida y designada para acompañar y servir á María durante el viaje...

Por espacio de algunos meses fueron llegando al castillo faustas nuevas de los novios. Aun cuando la escondida aldea de Abencerraje distaba tanto de esas lejanas tierras por donde ellos paseaban la ufanía de su felicidad, por mil no sospechados conductos—cartas, sueltos de periódicos, referencias de otros viajeros, de cónsules, de amigos, de desconocidos quizás—en Abencerraje se sabía confusamente que el viaje era feliz, alegre, fecundo en incidentes gratos, y que marido y mujer disfrutaban de salud y contento. Corrió así el verano, pasóse el otoño, y se averiguó que, cumpliendo estrictamente el programa, se encontraban ya en la capital de la república francesa, los marqueses divertidos, festejados, girando en el torbellino del placer. Hacia Febrero ó Marzo se habló de que la recién casada sufría una grave enfermedad, pero casi se supo á un mismo tiempo el mal y la mejoría. Y pocas semanas después, el lunes de Pascua de Resurrección, á la caída de una tarde admirable por lo serena, cuando las últimas violetas descoloridas exhalaban su delicado aroma y los árboles desabrochaban su tierna flor de primavera, el país vió asombrado que el coche familiar regresaba de la estación con mucho repique de cascabeles, y las gentes, que se asomaban curiosas á las puertas de las cabañas, no divisaron dentro del coche más que á María de las Azucenas, tan descolorida como las últimas violetas de los senderos, y á Luisilla, sentada á su lado, también desmejorada y amarillenta, sosteniendo en el hombro la fatigada cabeza de su señora; ambas mudas, ambas tristes, ambas con la huella del padecimiento en el rostro. Y ni aquel día, ni los siguientes, ni nunca más, apareció el marqués de Alcalá en el castillo de su mujer, ni por la comarca siquiera, y María y Luisilla vivieron solas, siempre juntas, más que como ama y criada, como hermanas amantísimas é inseparables.

Repicaron las lenguas y se fantasearon historias de ilícitas pasiones y desvaríos del marqués, tragedias horribles, duelos, conatos de envenenamiento, y otras mil invenciones novelescas que prueban la ardorosa imaginación de los naturales de Abencerraje. La verdad no se supo hasta que corrieron algunos años, cuando el marqués de Alcalá comisionó á un sacerdote para lo-

grar que su esposa le perdonase y consintiese en vivir á su lado. Habiendo fracasado por completo la diplomacia del sacerdote, en los primeros momentos de contrariedad se espontaneó con el párroco de Abencerraje, éste con el boticario, éste con el médico, el notario, el alcalde... y así llegó á conocer la comarca la siguiente historia.

Después de un viaje que fué un idilio, llegaron á París los enamorados esposos en busca de alguna quietud, pues la reclamaba el estado interesante de Maria, expuesta á algún percance en fondas y trenes. A pesar del cuidado y del método que observó la marquesa, hacia el sexto mes del embarazo cayó en cama, con síntomas de parto prematuro. Acaeció la temida desgracia, y fué lo peor que una hemorragia violenta puso en peligro inminente la vida de la señora.

«Se desangra, se nos va,» habia dicho el médico, un español ilustre, después de ensayar los recursos de su ciencia, luchando á brazo partido con la muerte, que se aproximaba silenciosa. Y entonces el marido, que veía á su esposa desfallecer en síncope mortal, blanca como la almohada donde apoyaba su frente de cera, preguntó al doctor:

—¿Pero no hay algún medio de salvarla? ¿No hay alguno?

—Hay uno todavía—respondió el médico.—Si se encuentra una persona sana, robusta, joven y que quiera lo bastante á esta señora para dar la sangre de las venas de su brazo... verificaremos la transfusión, y verá Vd. á la enferma resucitar.

Al hablar así, el médico miraba afanosamente al marqués, clavándole en el rostro, y mejor aún en el espíritu, sus ojos interrogadores y desengañados de hombre que ha presenciado muchas miserias en este pícaro mundo, y al notar que el marqués no contestaba y se volvía tan pálido como si ya se estuviera extrayendo de las venas la sangre que le pedía de limosna el amor, el médico se encogió de hombros, murmurando vagamente:

—Pero es difícil... muy difícil. Hay que renunciar á esa esperanza.

En aquel punto mismo se levantó una mujer que permanecía acurrucada á los piés del lecho de la moribunda, y sencillamente, presentando su brazo izquierdo desnudo, blanco, grueso, surcado de venas azules, exclamó:

—Ahí tiene, señor... ahí tiene... Sangre no me falta, y sana estoy como las propias manzanas en el árbol... Ahí tiene, y ojalá que la sangre de una pobre aldeana sirva para resucitar á la señora.

Ni un minuto tardó el doctor en aceptar la oferta de Luisilla. Aplicando la cánula, sangró copiosamente el recio brazo, pues se necesitaba mucha, mucha sangre, setecientos gramos, para reparar las pérdidas sufridas. La muchacha, sonriente, no pesta-

ñeaba, repitiendo á cada paso: «¡Saque, señor, que tengo yo la mar de sangre buena para crecer á mi ama!» El marqués había huido de la habitación.—Cuando la sutil jeringuilla empezó á inyectar el precioso licor en el cuerpo de la agonizante, y ésta á notar el calor delicioso que de las venas pasaba al corazón reanimándolo; cuando su rostro de mármol se coloreó y sus ojos se abrieron lentamente, lo primero que buscaron fué al amado, á la mitad de su sér, pues había comprendido al revivir que alguien la daba su sangre, en compensación de la que había perdido, y creía que sólo podía ser él, el esposo. Y al no encontrarle, al ver á Luisa, á quien vendaban y á quien hacían beber para reanimarla del desfallecimiento un caldo, la esposa comprendió, y volvió á cerrar los ojos, como si echase de menos el desmayo del cual sólo se despierta en brazos de la muerte...

Apenas pudo ponerse en camino, María partió sin más compañera que la aldeanita, cuya humilde sangre llevaba en las venas y á quien debía el existir. Todas las gestiones del marqués de Alcalá se estrellaron contra la invencible repugnancia, ó más bien el horror de su mujer. Demasiado altiva para buscar consuelo de aquel desengaño, vivió con Luisilla, haciendo caridades y llorando á solas muchas veces.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## INTIMIDADES

En la república vecina cae ahora un chaparrón de *Memorias*. Rochefort publica las suyas, Goncourt va tras él; anúnciase una nueva edición ilustrada y lujosa de los *Recuerdos* de Daudet publicados con el título *Trente ans à Paris* y *Souvenirs d'un homme de lettres*, conocidos en España por una traducción, y en los que relata el autor de *Safo* su vida y milagros con tal naturalidad, que hace creer si Daudet habrá enviado á la imprenta su cartera de apuntes, dejándola sin retocar y conservando toda su frescura.

Dado el procedimiento que sigue en sus estudios la escuela naturalista, los detalles íntimos, memorias y apuntes de sus representantes completan las novelas. El escritor no viene á ser más que una máquina oculta á cuyo impulso hablan y se mueven los personajes como en un teatro Guignol, pues, según dice Zola, no debe aparecer ni mostrar su personalidad, ni siquiera llevar ideas propias á las hojas del libro. El autor sorprende la realidad como el pintor copia lo que ve: traza sus croquis, recoge impresiones y las une y pone en comunicación unos personajes con otros; de aquí nace el nuevo género de historias de libros, *Memorias* y detalles que forman obras muy curiosas, y

las novelas se transforman en historias, y las Memorias son archivos que guardan preciosos documentos: para ser lógicos, los naturalistas debieran catalogar sus tipos novelescos, como lo hicieron ya Anatole Cerfberr y Jules Christophe en su curiosísimo *Repertoire de la Comedie humaine* con los personajes de Balzac, y debieran añadir de dónde están copiados, á qué familia pertenecen y qué usos, costumbres y rarezas les distinguen. Alarcón y la Pardo Bazán en España; Tolstoi en sus ternísimos *Recuerdos*, los Goncourt, Daudet y muchos otros en Francia, después de las novelas han impreso la fe de bautismo de algunos de sus personajes.

Estos literatos ilustres pueden escribir libros hermosos, y buena prueba de ello es el que ocupa ahora mi atención; pero el naturalismo llevado al extremo produce estragos. Porque una cosa es apuntar diariamente nimiedades que á nadie interesan y otra escribir obras artísticas y personales. La mayor parte de las personas maldita la necesidad que tienen de anotar sus recuerdos y no deben escribir más Memorias que las que envíen al final de sus cartas. Las *Mémoires d'un an* ó las célebres *Memorias de un coronel retirado* nada de nuevo dijeron, ni importa á los mortales conocer las aventuras de un asno bien educado y de relativa formalidad, ni las rabieta de militar de reemplazo: los diarios de gastos, apuntes de viaje, impresiones que entretienen á muchos, no merecen contarse ni guardarse en archivos; á este paso sería un documento humano de indiscutible trascendencia y por demás sustancioso la cuenta de la cocinera. Pero el naturalismo llega á todo, adquiriendo un carácter alarmante en su aspecto más impresionable y vívido del reporterismo. Ya Flaubert se quejaba de los periodistas porque le molestaban contando detalles de su persona, y describe Zola cómo un día fué mal recibido en casa de Flaubert por haberse aventurado á decirle que la crítica que se ocupaba de su vestido y alimento hacía el mismo trabajo que él como novelista sobre los personajes que observaba.

En Francia, especialmente, la manía de endiosar á las celebridades consigne ponerlas en ridículo, contándonos á diario si tal escritor es aficionado, v. g., al *beafsteack* ó *bisteke* con patatas ó detesta las verduras, si viste de negro ó de mezclilla, si el novelista A ó B usa chalecos de ésta ó de la otra forma, si cierto filósofo es gastrónomo y si tal sabio es indigesto ó si, en fin, la novela X se debe á que cierta mañana tuvo su autor el capricho de calzarse zapatillas suizas y cubrirse con un gorrete turco. Claro que esto es muy entretenido; los detalles referentes á crímenes y ejecuciones se leen con deleite, y el secreto de vender un periódico está en tener sabuesos olfateadores que no pierdan ripo ni se olviden del más infimo accidente. Si la crónica es un poco picante el gozo aumenta. Por algo un gran director de pe-

riódico, hombre muy práctico y muy cínico, decía: «Yo he fundado el periodismo moderno en una frase. Cierta día recibí una carta dirigida á mí y con carácter de *muy reservada*; sin abrirla la envié á la imprenta; era el mejor almuerzo que podía servir á mis lectores, los cuales, como es natural, me lo agradecieron muchísimo.»

Esta exageración, que hoy en Francia es verdadera monomanía en su aplicación al mundo literario, reviste proporciones alarmantes. Rodea á poetas y novelistas de inaguantable romanticismo. Los artistas no pueden existir como los demás mortales: son seres delicadísimos que viven como gusanos de seda; su vida se pasa en sueños dulcísimos y en mundos de poesía: sus manías é impertinencias se apuntan como signos de genio... Así es que las Memorias vienen á llenar un vacío cuando son sinceras: son las confesiones del autor al público, la defensa del escritor, la exhibición de su verdadero retrato.

La influencia que ejerce el medio en que viven los literatos las hace imprescindibles para conocerlos, bien sea en memorias ó en correspondencias. Seguramente Flaubert se retrata maravillosamente en los cuatro tomos de su *Correspondencia*, libro más agitado, sincero, tormentoso que los demás del inimitable y rabioso purista. Ni Zola en el estudio que le dedica, obra de amistosa é íntima sinceridad, ni Maupassant en el magnífico grabado literario en que fija con eternos rasgos la gran figura del autor de *Mad. Bovary*, han acertado á retratarlo como se retrata Flaubert mismo en las ternísimas cartas á su madre y en esta frase orgullosa, que vale por un aguafuerte del género goyesco: «Quisiera vivir en lo más alto de la columna Vendome: la postura es incómoda, pero puedo escupir á los que pasan.»

Ocorre, sin embargo, que estos libros son á veces excesivamente realistas y el mundo literario aparece, en las *Memorias* mezquino y ruin. Tourguenef en sus *Recuerdos* insulta despiadadamente á Daudet: hombres grandes ante la humanidad aparecen en su casa prosaicos, interesados y envidiosos.

Otras veces el autor se enamora de sí mismo, como un Narciso ó como un Wilde, y su libro, en lugar de ser una defensa, es un elogio nauseabundo, ó retoca sus confesiones para escribir una obra literaria falta de naturalidad y de sencillez. En el curioso diario publicado en ocho tomos por los Goncourt, hay muchos párrafos hinchados y demasiadas frases hechas, pareciendo un diario escrito con la intención que lo lea el público.

Recuerdo una nota de Goncourt que verdaderamente hace reír: «Hoy pensaba—dice muy satisfecho de sí mismo—que dentro de mil años se leerán mis obras.» Sabe Dios lo que pasará dentro de mil años.

Rodrigo Soriano.

## POPULE MEUS,

¿QUID FECI TIBI, AUT IN QUO CONTRISTAVI TE? RESPONDE MIHI.

¡Es tu Dios, pueblo ingrato, es tu Mesias,  
Es tu Jesús bendito,  
Objeto de sublimes profecías!  
Tú, que tu lengua contra el cielo mueves,  
Responde, si te atreves,  
A su voz, más que airada, suplicante.  
Habla contigo, cuando ya espirante,  
Y las peñas quebrando con su acento  
Tristísimo, te dice:

Dime, Pueblo querido,  
*¿En qué te contristé? ¿Qué mal te hice?*

Tú eres la viña hermosa,  
Plantada por mi mano bondadosa.  
Te cerqué con vallado  
Con paternal anhelo,  
Para que, libre de dañinas fieras,  
Mi mesa proveyeras  
De fruto regalado,  
Del vino del amor, fruto del cielo.  
¿Y hora, de ingratitud haciendo alarde,  
Me deparas, cobarde,  
Por tálamo una Cruz ignominiosa,  
Y cual hiena rabiosa,  
Cuando me ves en ella suspendido,  
Te mofas, y tu lengua me maldice?

Dime, Pueblo querido,  
*¿En qué te contristé? ¿Qué mal te hice?*

De tí compadecido  
Y tus negros delitos olvidando,  
Te saqué del Egipto corrompido;  
La sangre de sus hijos derramando  
Para calmar mi paternal enojo.

Porque perderte en su furor pensaron,  
Sepulté entre las olas del mar Rojo  
A su rey Faraón y á sus guerreros,  
Que osaron, altaneros,  
Tu marcha detener con necio arrojo.

¿Y tú, con negra saña  
Me entregas, pueblo ingrato,  
Al infame Caifás y al vil Pilato;  
Y en tu locura extraña,  
Que su daño no advierte,  
Pides á voces que me den la muerte,  
Sin que la sangre, que á torrentes baña  
Mi cuerpo dolorido,

Te inspire compasión, ni te horrorice?  
 Dime, Pueblo querido,  
*¿En qué te contristé? ¿Qué mal te hice?*

De los feroces pueblos cananeos,  
 Contra tí conjurados,  
 Con indómito brío,  
 Los cetros te entregué y el poderío;  
 Y á tus plantas los vistes humillados.  
 Y cual ricos trofeos  
 De los triunfos, de que que aun blasonas,  
 De sus vencidos reyes en tu frente  
 Ostentaste orgulloso las coronas.  
 ¿Y en mi mano potente  
 Pones un cetro de irrisoria caña;  
 Y una diadema de punzante espina  
 En mi frente divina?  
 ¿Por qué tan inclemente?  
 ¿Por qué conmigo tan horrible saña?  
 Dime, Pueblo querido,  
 ¿Por qué tu airada lengua me maldice?  
*¿En qué te contristé? ¿Qué mal te hice?*

Por la seca llanura del desierto,  
 Vasto sepulcro, por el fiero empuje  
 Del Simoun terrible, siempre abierto  
 A la rica en diamantes caravana,  
 Do el potente león furioso rugió,  
 Sembrando con su voz el desconcierto  
 De mil gacelas en la grey liviana,  
 Te guié con mi nube refulgente  
 A la tierra querida  
 A tus sencillos padres prometida:  
 Sació tu hambre con el pan del cielo,  
 Templé tu sed ardiente  
 Con agua cristalina  
 Que surgió de una roca diamantina  
 Al eco de mi voz omnipotente.  
 ¿Y tú respondes á mi afán divino  
 De colmarte de dones,  
 Cubriéndome de afrentas y baldones,  
 Y mis carnes ¡impío! desgarrando,  
 Y mi sed aumentando  
 Con mixtura cruel de mirra y vino?  
 Dime, pueblo infelice,  
*¿En qué te contristé? ¿Qué mal te hice?*

Cien veces, de tus ayes apiadado,  
 Te arranqué del horrible cautiverio  
 En que por tu pecado  
 Yacías con infame vituperio;  
 Y abismé de miserias y dolores,

Y castigué con espantosa muerte  
 A tus fieros y viles opresores.  
 Y tú ligas las manos bienhechoras  
 Que rompieron tus bárbaras cadenas,  
 Y á sufrir me condenas,  
 De infamias abrumado y de baldones,  
 La muerte de asesinos y ladrones?  
 Por qué, pueblo querido,  
 Por qué ingrato refrenas  
 La mano paternal, que te bendice?  
*¿En qué te contristé? ¿Qué mal te hice?*

Siendo el Rey de los reyes soberano,  
 De quien la vida de los mundos pende,  
 Quien los infernos con su enojo enciende,  
 Por quien ruga furioso el Oceano  
 Y braman el ciclón y la galerna,  
 Hecho un manso cordero  
 En esta cruz ignominiosa muero  
 Por redimirte de la muerte eterna.

¿Y en vez de agradecer el sacrificio  
 De mi preciosa vida, desempeñas  
 Tú mismo de sayón el vil oficio;  
 Y pides que mi sangre pura, santa,  
 Descienda sobre tí? Pueblo precito,  
 Descienda, si te empeñas,  
 Y la ira del cielo no te espanta.  
 Tu salvador bendito,  
 De tí compadecido,  
 Tu infamia olvida y al morir te dice  
 Con infinito amor: Pueblo querido,  
*¿En qué te contristé? ¿Qué mal te hice?*

Es tu Dios, pueblo ingrato, es tu Mesías,  
 Tu Salvador bendito,  
 Objeto de sublimes profecías:  
 Tú que tu lengua contra el cielo mueves,  
 Responde si te atreves,  
 A su voz, más que airada, suplicante.  
 Habla contigo, cuando ya espirante,  
 Cariñoso te dice:  
 Dime, Pueblo querido,  
*¿En qué te contristé? ¿qué mal te hice?*

No esperes, desdichado,  
 A que la copa del furor se llene,  
 Y tu Juez terrible por tu mal trocado,  
 Y de esperar tu conversión cansado,  
 A perdición eterna te condene,  
 Y te diga, mostrándote el infierno:  
*¡Anda, Pueblo malvado,  
 Pueblo de Satanás, al fuego eterno!*

ANDRÉS CASADO, *Escolapio.*

## AL RELLOTJE

## I

Sombriu y etern registre del temps y de la vida;  
marcant sempre ab lo pendol los batements del cor,  
de l' home al mon senyalas l' entrada y la sortida,  
com guayta despert sempre, que á sou manté la Mort.

Tot ser, detrás dels signes de ta pulida esfera,  
cual cercle simbolisa la eternitat del temps,  
llegeix de sa existencia, pot ser, l' hora primera;  
¡Ay qui pogués llegirhi la de la Mort, ensemps!

Mes nó; que sempre avaro del gran secret que tancas,  
sols á la Mort avisas lo nostre instant darrer;  
perque al arrivá l' hora, vagi tallant las brancaas  
del arbre de la vida, lo frestech destraler.

A cada colp del pendol que mous de dreta á esquerra,  
un mort n' entra á la caixa y un nin n' ompla un bressol;  
á cada instant que marcas, un ángel vé á la terra  
y un esperit la deixa sembranthi 'l desconsol;

Mes tú, seré, insensible, seguexes ta carrera,  
contant del mont las horas, de que s' oblida ubriach;  
¡y sempre tas satjetas rodantne per la esfera!  
¡y sempre lo teu pendol ab son etern tic-tac!

N' apar lo cor d' un monstre que dintre teu batega;  
remor d' ona que avensa, gemega...y torna á res;  
lo corch de la existencia que perfidiós rosega;  
la veu del temps que passa per no tornar may més.

## II

Si en negre nit desperto, quan sembla que s' ajoca  
fins la quietut mateixa, sota son fosch mantell,  
y escolto entre 'l silenci com ta campana toca,  
me dich esgarrifantme: «¡tot dorm; tot, menos éll!»

Llavors, mitj las tenebras, ma ardenta fantasia  
veu segles que desfilan; nacions que 's tornen fum;  
generacions caducas, que fóren algun dia;  
Papas y reis quals cossos la terra ja consum.

Y al veura'ls y al sentirte seguir la tasca empresa  
me dich: «¿qui sab si un día també varen sentir  
com tú, en la nit callada, desperts, plens de feresa,  
lo toch que tú sens are, poch temps ans de morir?»

¿Qui sab si en eixa cambra mateixa, un de tos avis,  
la veu de eixa campana senti al instant fatal?...  
Y al cor la sanch se 'm glasa; y el prech puja á mos llavis,  
y esgarrifat recordo, llavors, que soch mortal.

Oh, sí ¡jó en tú contemplo no sols de l' alta ciencia  
 l' invent que al home esceptich l' hi diu, que 'l temps es or;  
 sinó l' avis que 'm dona de Deu la providencia,  
 perque 'm recorde sempre de l' hora de la mort.

L' avis me diu: «observa que 'l sol se 'n va á la posta;  
 si breu n' ha estat lo día, la vida també es breu;  
 lo temps per sempre passa; la Mort volant s' acosta;  
 mortal: per ton judici, preparat; ¡pensa ab Deu!»

LLUIS DAMIÀNS.

---

## REVISTA DE LA QUINCENA

---

### I

La cuestión de Cuba ofrece dos aspectos muy distintos, y ambos, por desgracia, poco lisonjeros: el militar y el diplomático. Bajo ninguno de esos dos aspectos ha mejorado durante la transcurrida quincena, sin que sea dable exigir por ello responsabilidades á nadie; antes es de rigurosa justicia el reconocer y confesar, que así el Gobierno de Madrid, como el General en Jefe del ejército de operaciones, han hecho lo posible, aquél, para evitar las asperezas diplomáticas con la Confederación del Norte de América, y éste último para escarmentar á las partidas rebeldes, convertidas en verdaderas cuadrillas de bandoleros. Admira lo que trabajan las columnas que operan en la Habana y Matanzas, persiguiendo sin descanso á los núcleos principales de la insurrección, que se niegan constantemente á batirse con nuestras tropas, y se limitan á talar los campos, á incendiar los poblados, á volar los puentes, á romper las líneas telegráficas y ferro-carrileras y á asesinar á ciudadanos indefensos, fraccionándose en pequeños grupos, y huyendo cobardemente, cuando nuestras tropas les dan el alcance. Esta táctica, propia del foragido y del cobarde, ha impedido el que podamos hoy registrar ningún brillante hecho de armas, ya que todo se ha reducido á correrías incesantes y á insignificantes tiroteos y ligeras escaramuzas. El único combate empeñado lo sostuvieron, por equivocación lamentable, los batallones de San Quintín y de Llerena, por creer ambos que luchaban con los enemigos de España. Y por desgracia luchaban como españoles, y hay que lamentar sensibles pérdidas.

Todavía no está solucionado el conflicto creado por el Senado y Cámara de Representantes de los Estados Unidos de la América del Norte. No conviniendo esas dos Cámaras en los términos del Menseje que deseaban elevar al presidente Cleveland, pidién-

do la beligerancia de los insurrectos cubanos, y acaso la intervención de los Estados del Norte para la pronta pacificación de Cuba, hubieron de apelar al nombramiento de una comisión mixta de Senadores y Representantes que redactara un Mensaje que pudiera llevar la aprobación del Congreso, ó sea de ambas Cámaras reunidas. A la hora en que esto escribimos continúa la discusión de la ponencia de la comisión mixta, y justo es reconocer que los yankees han bajado no poco el tono arrogante y altanero con que trataban de nuestra España. La opinión general de Europa y de América ha reprobado la forma descortés y agresiva de los Senadores y Diputados yankees, y la sin razón con que han querido entrometerse en asuntos que no son de su incumbencia. Aun aquella parte de la prensa europea que simpatiza con la causa de los separatistas cubanos, ha reconocido la intemperancia y grosería con que Sherman, Morgan y compañeros han tratado el asunto de la beligerancia, habiendo merecido los Senadores y Representantes de la Confederación del Norte el calificativo de atolondrados y groseros, que el jurado universal de la pública opinión les ha adjudicado.

Y es muy de notar, que el asunto que con tanto empeño y acaloramiento han discutido el Senado y la Cámara de Representantes, es de incumbencia exclusiva del Presidente de la Confederación, según la Constitución del Estado norte-americano, y no en manera alguna de los Cuerpos Colegisladores. El Presidente es el único llamado á resolver sobre la beligerancia y la intervención en Cuba, y sólo cuando ya estaban enfrascados en la discusión y después de haberse acreditado de hombres sin sentido político y sin formas de buena educación, cayeron los Senadores y Representantes yankees en la cuenta de que discutían lo que no les era pertinente, y de que, cualquiera que fuera la resolución última que adoptaran, el Presidente quedaba con el derecho de obrar según juzgara conveniente, y como si nada hubieran discutido y resuelto el Senado y Cámara de Representantes. La plancha ha sido fenomenal y de ella se ha enterado el mundo entero, perdiendo no poco el decoro y prestigio de aquellos Cuerpos de habladores.

Como quiera, tan rematadamente mal lo han hecho los honorables miembros del Congreso de la Confederación del Norte, que el pudor político ha de impedir á todas las Naciones el manifestar su adhesión á una causa tan grotescamente defendida. Y, por el contrario, la serenidad y actitud noble con que España ha rechazado los insultos groseros de los yankees, manifestando bien clara y resueltamente que anhelaba el mantenimiento de la paz, pero que no temía la declaración de la guerra, le han conquistado las simpatías y el respeto de todas las Naciones; pues cuan pequeña se ha manifestado en el terreno del honor y de la moral la República norte-americana, tan grande se ha exhibido la

nobilísima nación española. No es hoy fácil predecir si á la postre estallar á la guerra entre España y los Estados Unidos: cierto que los españoles no la deseamos; pero si los yankees continúan insultándonos y no cesan de favorecer abiertamente á los rebeldes de Cuba, la guerra se hará inevitable, y entonces, ya que no con el auxilio material, podremos contar con el apoyo moral de las demás Naciones, unánimes en condenar la injusticia con que proceden los Estados Unidos de la América del Norte. Y dígame lo que se quiera, es un elemento poderosísimo y feliz augurio de victoria, el tener de su parte, no sólo la razón y el derecho, sino la aprobación simpática y desinteresada de todas las demás naciones. De bárbaros, de inhumanos, de indignos del respeto y consideración de los demás pueblos, hemos sido calificados en el Senado de Washington; pero la verdad es que el mundo civilizado nos respeta y considera, y desprecia á esos yankees que hablan como verduleras de materias que no entienden y cuya discusión no es de su incumbencia. Los bárbaros no discutirían de otra manera que los Sherman y Morgan. ¿A quién sino á un yankee embrutecido le ocurre pedir la beligerancia y la intervención en Cuba, en nombre de la moral, de la cultura y de la humanidad, apoyándose en párrafos de una historia de la pasada rebelión cubana, escrita por un enemigo de España? ¿Si creerán esos yankees que basta tener dollars para tener lógica y sentido común?

No pocos periódicos han vertido la idea de que los Senadores y Representantes yankees tenían formado concepto erróneo acerca de los recursos y valer de los Estados europeos, y que por eso se han permitido la gárrula vocinglería que usaron al discutir los asuntos de Cuba. En buenos términos viene á decir esa prensa europea, que los norte-americanos creían que España era una nación débil y empobrecida, incapaz de salir por su honra si ésta era atropellada por la opulenta República del Norte de América; y que han bajado el tono cuando se han convencido de que España estaba resuelta á defender sus derechos y su honor en todos los terrenos, incluso el de la guerra si á él se le llevaba. Creemos que la observación es exacta: no de otra manera se explica la desconsideración y el desprecio con que España fué tratada en el Senado de los Estados Unidos, á pesar de que ningún agravio habíamos inferido á los yankees, y el cambio que se operó en la opinión de los Senadores y pueblo norte-americano, tan pronto como allí se tuvo noticia de nuestros aprestos militares, así marítimos como terrestres, para defender nuestro decoro y nuestros derechos. Como los yankees no tienen historia, ya que forman un pueblo recientemente llegado á la escena política, se ve que no se ocupan de la historia de los demás pueblos, y no conociendo á España sino por sus balances comerciales vinieron á imaginarse que podrían apabu-

llarnos impunemente, tomándonos por un pueblo insignificante y poco temible. Los pueblos modernísimos no son más de lo que aparecen; y cuanto pueden y valen está patente y manifiesto á todos; pero los pueblos que tienen un pasado glorioso y llenan las más brillantes páginas de la historia, tienen un valer muy superior á sus humildes apariencias, y en las grandes y comprometidas ocasiones desarrollan energías y virilidades, é improvisan, ó mejor, exteriorizan recursos que apenas podrían ser sospechados. Así lo ha hecho España al verse pisoteada por las anchas y pesadas plantas de los Senadores yankees: se ha levantado de improviso en actitud imponente, que ha intimidado, ó cuando menos infundido respeto, á los que poco antes la menospreciaban. Los españoles sabemos lo que son los yankees: éstos no saben lo que son y lo que valen los españoles.

## II

Esta observación nos explica, en parte, el efecto tan diferente producido en España é Italia por una contrariedad nacional. La derrota sufrida en Adua por el ejército italiano ha llenado de pavor á todas las provincias del flamante Reino, y de todos los lados de la Península italiana se ha levantado un grito de dolor por lo pasado y de espanto por lo venidero, como si en el reloj de los tiempos hubiera sonado la última hora del Reino de Italia. Al oír aquellas protestas contra la campaña de Africa, al presenciar aquellos movimientos populares de Roma, Milán, Florencia, Pavía, etc., etc., pidiendo que no se mandaran más tropas á Eritrea y que se abandonara aquella maldecida Colonia ¿quién no hubiera dicho que la mano del Negus, había escrito sobre los muros del palacio Quirinal el fatal *Tecel, Manel, Fares*, que anunciaba el fin de la casa de Saboya y el derrumbamiento de la monarquía italiana? Al mismo tiempo se daba por fracasada la triple alianza, suponiendo que una Potencia que había sido tan abatida y castigada por el Negus Menelik, no podría ya formar honrosamente al lado de las grandes potencias europeas. Y la verdad es, que Italia, á consecuencia de la derrota de Adua, ha perdido el prestigio de grande Potencia militar, ha perdido sus dominios de Eritrea, excepción de la costa, y lo que es peor, ha perdido la confianza en sus propias fuerzas, llegando al extremo de haber desistido de buscar por las armas la reparación de la deshonra recaída sobre su ejército. Y con todo, Italia sólo ha perdido unos 12,000 hombres con su correspondiente artillería. Una Potencia militar de primer orden, como quería serlo la Italia, no debía desconcertarse por ese desastre nacional, si no fuera un Reino de creación reciente y sin antecedentes históricos gloriosos. Es que, á semejanza de los Estados Unidos, el Reino de Italia, sin tradiciones y sin historia, no tiene más valer del

que ostensiblemente manifiesta, y no puede hacer brotar de lo íntimo de su ser nuevas energías que la hagan levantar tan entera y animosa como antes de haber sido abatida. Todos los españoles juramos sobre nuestro corazón que es incapaz el Negus de Abisinia, como lo es la República del Norte de América, de abatirnos y descorazonarnos á la primera derrota de nuestros ejércitos. Si un cuerpo de ejército español sucumbe, otro le sustituye, y si éste fracasa en su empeño, se organizará otro y otro; y así reproducimos las epopeyas de la Reconquista y de la guerra de la Independencia hasta imponernos á nuestros enemigos.

### III

Una ventaja ha podido sacar Italia del desastre sufrido en las costas orientales de Africa: ha podido conocer cuáles son sus amigos y quiénes son sus enemigos. Por de pronto, se ha evidenciado que Alemania y Austria han sentido el percance del ejército italiano por la influencia que el abatimiento de la Italia puede tener en la triple alianza. La prensa alemana y austriaca han discutido la situación militar y financiera de Italia sólo bajo el punto de vista de los intereses de la *triplice*, y al decir de esa prensa, se ha examinado la conveniencia de dar otra orientación á la política internacional de los imperios centrales, prescindiendo de la Italia. Pero nada han hecho, ni siquiera se han mostrado dispuestas á hacer nada eficaz, Alemania y Austria, para sacar á Italia de la situación aflictiva y humillante en que el desastre de Adua la ha sumido. Y los italianos que tantos y tan enormes sacrificios se han impuesto para formar honrosamente parte de la triple alianza, han experimentado un desengaño mayúsculo viendo que sus aliados se limitaban á una cortés manifestación de sentimiento, acaso producida por un egoísmo mal disimulado. La única nación que se ha mostrado pronta y aparejada para tender una mano amiga á la Italia, ha sido Inglaterra, la cual ha aproximado sus ejércitos del Soudan á las fronteras de Eritrea en expectativa de poder ser útil á los italianos. Es verdad que Inglaterra está recelosa del poderío del Negus, vecino peligroso á quien le convendría humillar; también es verdad que Inglaterra lanzó á la Italia á la empresa aventurera de formarse una poderosa colonia en las costas occidentales del Mar Rojo; y que estos dos motivos son suficientes para justificar el pesar con que los ingleses han sabido la derrota de Adua y la evacuación de Adigrat y de Asmara; pero siempre resulta que la única nación europea que simpatiza de veras con el reino de Italia es Inglaterra. Esta orgullosa nación, aferrada á su sistema de neutralidad, se ha negado constantemente á entablar alianzas con las principales naciones europeas; pero siempre se ha mostrado inclinada á unir su suerte á la del flamante reino italiano.

En cambio, la Francia ha simulado una indiferencia completa ante la desgracia de Italia, cual si los franceses no esperaran otra cosa de aquel ejército, ó como si no dieran importancia alguna á la prosperidad ó al abatimiento de Italia. Esa actitud de la Francia, aunque poco caritativa y humana, es por demás política y prudente; pues bien saben los franceses que si la Italia se desprende de la triple alianza, tiene irremisiblemente que apoyarse en la Francia. De aquí la actitud pasiva y espectante de la República francesa ante el dolor y la humillación de su ingrata vecina. Pero la Rusia no ha sabido disimular la satisfacción que ha experimentado ante la desgracia de Italia. Cierto que el Negus combatía á los italianos con elementos valiosos proporcionados por la Rusia; pero de todas maneras, es innegable que Rusia detesta cordialmente á Italia, y que ahora ha celebrado la victoria de Menelik, como si hubiera sido victoria obtenida por los ejércitos rusos.

## IV

Aunque desde la caída del Mariscal Mak Mahon han predominado los francmasones en todas las esferas gubernamentales de la República francesa, pero, nunca hasta ahora se habían atrevido á afirmar pública y solemnemente que gobernaban á la Francia en nombre y con los principios de la Masonería. Lo dijo terminantemente en Burdeos el Presidente del Consejo de Ministros, Mr. Bourgeois, al consignar que la bandera del Ministerio era la bandera de la Masonería; y más recientemente, y con ocasión del viaje hecho por Mr. Félix Faure á la región meridional de Francia, se ha evidenciado que la república oficial es masónica y se propone realizar los ideales de la secta. El Presidente Faure ha recibido con solemnidad á las Comisiones de las Logias masónicas; ha prometido atenerse á los programas masónicos de gobierno, desde la Presidencia de la República: no parecía sino que el viaje de Faure había sido concertado entre el Ministerio y las Logias, para poner de manifiesto ante la Nación que la Masonería había tomado posesión oficial de la Francia y que, á pesar de las votaciones del Senado y del Parlamento contrarias á la política de Bourgeois, éste, sostenido por las Logias, continuará rigiendo los destinos de la Francia. Ya lo sabe la Francia; ya lo sabe la Europa; ya lo sabe el mundo civilizado: ha sonado la hora de proclamar en alta voz que existe una nación gobernada masónicamente, y esa nación es la llamada hasta aquí *Primogénita de la Iglesia*.

Sabíamos que, así en Europa como en América, se han dado, y se dan en la actualidad, no pocos gobiernos cuyos miembros ó en su totalidad ó en su gran mayoría, se hallan afiliados en las sectas masónicas. Estashan provisto á la Francia republicana,

á la Italia anti-pontificia, á la España liberal, á muchas de las Repúblicas americanas, de ministros y de Jefes superiores de administración, pertenecientes á la Francmasonería, los cuales han procurado, hasta donde las circunstancias lo han consentido, desarrollar desde las esferas gubernamentales los ideales masónicos; pero ocultando siempre arteramente sus intentos y sin confesar con franqueza que obraran como representantes y delegados de las Logias, con cuyo concurso habían logrado sentarse en los escaños del gobierno. Antes bien ha sido táctica general de los políticos más conspicuos pertenecientes á la Francmasonería, ocultar en el poder su carácter masónico, y simular en sus procedimientos, que sólo obligados por la fuerza invencible de los hechos dejaban de respetar los sentimientos religiosos y las venerandas tradiciones de los pueblos. Mas la Francmasonería se cree ya bastante fuerte para desplegar su bandera á todos los vientos, y en Francia ha inaugurado esta última etapa de su existencia. Francia será en adelante una nación masónica-gobernada. Los que intenten saber á qué atenerse acerca de lo que puede dar de sí un régimen francamente masónico, observen cuidadosamente las ventajas ó los perjuicios que la actual situación política reportará á la Nación francesa. Y por de pronto, tomen nota de la frescura con que Mr. Bourgeois ha despreciado las votaciones contrarias del Senado y del Parlamento, amenazando á los cuerpos colegisladores con un golpe de Estado si no se acomodaban á sus exigencias. Lo cual viene á demostrar que ese cacareado respeto de la Francmasonería á la opinión pública, cuyos órganos autorizados son las cámaras de representantes, es pura ficción é irrisoria palabrería. Nosotros lo sabíamos de antemano; pero bueno es que los mismos masones lo confirmen con hechos indetectables. Otras enseñanzas iremos recogiendo para instrucción y ejemplo de nuestros lectores.

Y ya que nos hemos metido en esa mies vecina, continuemos espigando en ella con beneficio propio. En estos últimos días, con ocasión del conflicto hispano-norte-americano, algunos españoles cándidos han creído en una alianza entre Francia y España para abatir el insolente orgullo de los yankees y dejar asegurada nuestra soberanía en Cuba. Hasta no pocos periódicos han publicado las supuestas bases de esa alianza franco-hispana. Y lo que más es, algunas de las manifestaciones patrióticas, que tanto han menudeado en estos días en las principales poblaciones españolas, al mismo tiempo que revestían el carácter de protesta contra los insultos del Senado norte-americano, eran expresión ruidosa de simpatía á la nación francesa; y los manifestantes, después de baldonar la bandera yankee, vitoreaban y saludaban con entusiasmo delirante las entrelazadas banderas de Francia y de España. No parecía sino que nuestra alianza con

la República francesa era un hecho consumado. Pero si esos incautos y sencillos españoles hubieran tenido en cuenta que, mientras ellos vociferaban en las calles ó escribían en los papeles públicos, el Presidente de la República francesa y su primer Ministro consignaban oficial y solemnemente la perfecta solidaridad que existía entre el Gobierno de Francia y las Logias masónicas, y hubieran además conocido las tendencias y los ideales que en todas partes llenan los programas de la Francmasonería, seguramente que no hubieran incurrido en la candidez de creer en una alianza sincera entre la católica Monarquía española y la masónica República francesa. Hoy por hoy, á pesar de nuestros lamentos sobre el presente político-religioso de la nación española, ésta es uno de los Estados que mejor representan en el mundo oficial los principios de orden y de respeto á la Iglesia; y la Masonería, si no quiere renegar de toda su historia, y si no quiere abjurar todos sus errores, nada hará ni querrá hacer, que dé por resultado la consolidación de la situación política española. Además de que, las ideas de patria, de soberanía, de derecho internacional, no tienen en el vocabulario masónico la significación que han recibido de la cultura cristiana. Y más aun, entra de lleno en los planes de la Masonería favorecer la independencia de las colonias españolas, como lo demuestra la historia de la sublevación de las Américas contra la madre España, y la complicidad de las Logias en todos los levantamientos ocurridos en Cuba y Filipinas. Por todo lo cual, es perfectamente absurdo esperar que, mientras la Francia no logre emanciparse de la dominación masónica, pueda hacer causa común con España para consolidar nuestro prestigio y nuestra dominación en las colonias.

## V

Contraste admirable forma con la suerte de los italianos en Africa, la que han tenido los portugueses en las costas orientales del mismo continente. Desde el año 1889 el feroz régulo Gungunhama disputaba á los portugueses su dominación en Mozambique, apoderándose de Manjacace y entrando como vencedor en Sofala y en Imbanbana. Quiso que Portugal sancionara sus depredaciones, ya que, al parecer, no intentaba castigarlas. Pero si bien los portugueses, preocupados con las dificultades políticas del interior, se abstendían de incurrir en complicaciones exteriores, tal fué la insolencia de Gungunhama que se levantó al fin en el vecino reino un clamor universal y se formó un ejército que operase en Africa. La corona de Portugal ha visto reverdecer los laureles conquistados por D. Juan II y D. Manuel el Grande, y Gungunhama ha llegado á Lisboa prisionero en el vapor *Africa*, con grande entusiasmo de los valientes lusitanos.

E. LL.